

DOS INFORMES DEL PRELADO JOSÉ GREGORIO DE ORTIGOSA SOBRE LOS REPARTIMIENTOS DE MERCANCÍAS EN EL OBISPADO DE OAXACA, 1777-1784

Huemac Escalona Lüttig
IIH-UNAM

Documento 1. Archivo General de Indias [AGI], México, 1,872. Informe sin titular del obispo de Oaxaca del 20 de julio de 1778, firmado en Antequera. Tiene un total de 18 fojas; no están numeradas.

Documento 2. AGI, México, 2587, N. 1, “Informe de la visita del obispo don Joseph Gregorio de Ortigosa de resultas de la visita que hizo de toda su diócesis del 20 de noviembre de 1784”. Se transcribe solo la sección titulada “Sobre repartimientos de alcaldes mayores, usuras y daños que de esto se siguen”, que son tres fojas, de la 21 a la 24v.

Presentación

Los documentos que se presentan y transcriben se encuentran en el Archivo General de Indias (AGI), ubicado en Sevilla, España. El contenido de ambos documentos aporta una visión del obispo de Antequera-Oaxaca José Gregorio de Ortigosa y sobre las relaciones socioeconómicas entre los distintos sectores de la población de Oaxaca en el último tercio del siglo XVIII. Jose Gregorio de Ortigosa nació en 1720 en Viguera, La Rioja, estudió en la universidad de Valladolid y vino a la Nueva España en 1770 con el nombramiento de Inquisidor Fiscal del Santo Oficio, cargo que ocupó durante cuatro años hasta ser nombrado obispo de Oaxaca. En diciembre de 1775

fue consagrado en Tehuacán, cuando tenía la edad de 55 años. Llegó a la ciudad de Antequera del valle de Oaxaca, capital de su obispado, en diciembre de ese año. Fue obispo hasta la década de 1790. En 1791 presentó su renuncia, la cual no fue aceptada sino hasta 1793 y, cuatro años después, en 1797, murió en la ciudad de Antequera a los 77 años (De Zaballa y Lanchas, 2014, pp. 21-25). Mantuvo una intensa correspondencia con las autoridades superiores en España y con siete virreyes novohispanos: Bucareli y Ursúa (1771-1779), Martín de Mayorga (1779-1783), Matías de Gálvez (1783-1784), Alfonso Núñez de Haro y Peralta (1786), Manuel Antonio Flores (1787-1789) y el Conde de Revillagigedo (1789-1794). Su gobierno estuvo marcado a nivel general por la guerra entre España e Inglaterra, desde 1779 hasta 1783, y, a nivel local, por dos periodos difíciles debido al azote de sequías, hambrunas, epidemias y terremotos entre 1779 y 1787 (Arriola, 2011, p. 513; Hamnett, 2013, pp. 100-101). En esa época tuvo lugar uno de los periodos de mayor auge registrados del comercio de grana, en cuanto a su precio y la cantidad que se exportó a Europa, principalmente (Hamnett, 2013, p. 239). Pero después sobrevino una decadencia del comercio de esta manufactura por varios factores (Sánchez y Suárez, 2006, pp. 482-483). El periodo de Ortigosa corresponde también a la puesta en marcha de la Ordenanza de Intendentes, en 1786,¹ y de la llegada de Antonio Mora y Peysal, primer intendente de Oaxaca. Las intendencias se establecieron como jurisdicciones intermedias entre las autoridades superiores novohispanas, el virrey y la audiencia, y los subdelegados, que sustituyeron a los alcaldes mayores.

La diócesis de Oaxaca contaba en 1777 con alrededor de 722 eclesiásticos, de ellos 312 pertenecían al clero regular. Había 134 curatos, atendidos por 111 clérigos seculares y 23 regulares de Santo Domingo. En la segunda mitad del siglo XVIII, la ciudad de Oaxaca había aumentado su población de 70,000 a 110,000 habitantes (De Zaballa y Lanchas, 2014, p. 23), mientras que en el censo de 1793 se registraron 411,336 habitantes en la intendencia, los cuáles aumentaron a 534,000 en 1803 (Rabell, 2008, p. 158). El crecimiento económico de la ciudad y el aumento de la población en la intendencia tuvo relación con el auge de la grana cochinilla, ocurrido entre 1750 y 1780 (Rabell, 2008, p. 155). Dos aspectos fueron centrales en su actuar

1 La Real Ordenanza para la establecimiento e instrucción de Intendentes de Ejército y Provincia en el Reino de la Nueva-España (1786) puede consultarse en versión facsimilar en: http://rersab.org/files/FuentesBiblio/ordenanzas1786_v2.pdf

como obispo: la formación de su clero y la importancia de la Visita Pastoral.² También tuvo como objetivo la reorganización del seminario y la fundación y construcción del convento para niñas indias (De Zaballa y Lanchas, 2014, pp. 32 y 33). En sus múltiples escritos no sólo abordó aspectos religiosos, sino también otros asuntos de la vida de sus feligreses que llamaron su atención. Entre ellos destaca el repartimiento de mercancías, tema polémico debido a críticas que, desde el siglo xvii, se suscitaron sobre este sistema financiero (Pastor, 1985), pero que, en el último tercio del siglo xviii, en la época del reformismo borbónico, fue denunciado enfáticamente por varios personajes relevantes, como el propio Ortigosa, por ser un mecanismo abusivo y explotador, lo que condujo a su prohibición unos años después, en 1786, por el artículo 12 de la referida Ordenanza de Intendentes.³ Ortigosa, quien conoció a detalle el repartimiento de grana practicado en Oaxaca, no estaba de acuerdo en que este sistema fuera, como lo defendía el virrey Bucareli, un tipo de consorcio entre el indígena y el alcalde mayor, en otras palabras, un contrato entre el capital y el trabajo (Hamnett, 2013, pp. 81-84).

En este contexto se insertan los dos documentos que se transcriben. Ambos se enmarcan en los años que el obispo dedicó a realizar la visita pastoral, de 1777 a 1784. El primero de ellos, con fecha del 20 de julio de 1778, escrito en la ciudad de Antequera del Valle, está dirigido al rey en respuesta a la cédula real expedida el

-
- 2 La visita pastoral fue un mecanismo de control y reforma ejercido por el obispo en turno sobre el clero local y los feligreses. Autores como Leopoldo Martínez (2023, p. 629) la definen también como “un espacio de negociación e impartición de justicia”. Otros autores, como Traslosheros (2019, p. 28), refieren las instrucciones del Concilio de Trento sobre la denominada visita general que todo obispo debía realizar: “El objetivo principal [...] ha de ser introducir la doctrina sana y católica, y expelir las herejías; promover las buenas costumbres y corregir las malas; inflamar al pueblo con exhortaciones y consejos a la religión, paz e inocencia, y arreglar todas las demás cosas de utilidad de los fieles”.
 - 3 El repartimiento de mercancías fue una de las prácticas comerciales del sistema colonial en América más arraigadas en sociedades como las del virreinato de la Nueva España. Su relevancia ha trascendido en el tiempo hasta la actualidad, con algunos cambios y distintas denominaciones. Como lo han definido varios especialistas, “se trató de un mecanismo mediante el cual un funcionario real (alcalde mayor, corregidor, teniente de justicia o cura) distribuía mercancías (europeas, “chinas” o *de la tierra*), utensilios de trabajo (en algunos casos, dinero) a crecidos precios, entre los pueblos de indios y población mulata, con objeto de a) obligar a la adquisición de la mercancía, b) por tratarse de una compra “a crédito” el valor de lo repartido se incrementaba considerablemente, c) acaparar y monopolizar la producción local, tomando los frutos de la tierra producidos por indios y mulatos como pago de lo repartido y a “precios” muy por debajo del valor de mercado, d) generar un endeudamiento permanente entre la población para asegurar así la continuidad del sistema” (Escalona, Alcántara y Machuca, 2024, p. 5).

15 de octubre de 1777. En ella se pedía la opinión de los obispos americanos sobre la vigencia de otra disposición real, del 15 de junio de 1751, sobre la permisión de los repartimientos de los alcaldes mayores a los indios. El documento se encuentra inserto en un legajo junto con otros informes sobre este asunto, alguno de carácter anónimo con fecha de 1767, y resumía “graves desórdenes y perjuicios que sucedían en la ciudad y obispado de Antequera”, tanto en el ámbito eclesiástico como en el secular.⁴ El periodo de tiempo de la documentación agrupada inicia en 1767 y llega hasta 1785. Es factible que la información recabada en ese legajo contribuyó a los argumentos de José de Gálvez, como gobernador del Consejo de Indias, para redactar algunos artículos de la Ordenanza de Intendentes. En particular, es el caso de la sugerencia del obispo Ortigosa para determinar un porcentaje del cobro de tributos como sueldo del juez local, puesto que éstos carecían de uno y ese argumento era empleado para justificar los repartimientos como medio de subsistencia y de retribución a los gastos generados por la obtención del cargo. Esto se implementó en la ordenanza al otorgar un cinco por ciento de los tributos como sueldo para los subdelegados que sustituyeron a los alcaldes mayores. En el mismo sentido, da testimonio de una serie de denuncias en contra de los repartimientos. Éstas le fueron entregadas en memoriales, es decir, escritos, por parte de los indios a lo largo de su primera visita, pensando que el obispo podría remediar los abusos. Estas informaciones le sirvieron de sustento para dar su opinión negativa sobre dicho mecanismo y, posteriormente, fueron retomadas por el ministro Gálvez para dictar su prohibición en 1786.

La numerosa población indígena del obispado de Oaxaca, sus tributos, obven- ciones y otras cargas tributarias, así como su especialización en la producción de ciertas manufacturas, como la grana cochinilla y las mantas de algodón, de elevada demanda en los mercados foráneos, constituyeron un sector económico importante tanto para la corona española como para las élites novohispanas. El obispo Ortigosa se encargó de resaltar este papel fundamental de los indios al decir que “ni comemos ni bebemos ni tenemos casas en que habitar en las Américas que no se deban al sudor y trabajo de los indios”. Su defensa de la población indígena frente a las acusaciones vertidas sobre ellos de flojos y desidiosos por parte de un sector importante de la población española, entre ellos los alcaldes mayores y sus asociados, fue

4 Archivo General de Indias [AGI], México, 1872.

contundente al referir una anécdota que vale la pena destacar. Relató que estando de visita en el curato de Ixtepeji, en lo que hoy se denomina Sierra Norte de Oaxaca, los indios de la cabecera parroquial le solicitaron la bendición de la campana de su iglesia, como remedio para detener las tempestades y granizadas que asolaban todos los años a sus nopaleras. El obispo accedió a ello y, acto seguido, “corrió la voz por la comarca”, resultando que en dos días se había llenado el pueblo de Ixtepeji de campanas. Contó más de dieciséis traídas desde sitios ubicados a ocho y diez leguas del lugar.⁵ Señaló que en el lapso de tres días habían bajado las campanas de las torres y las transportaron a hombros; entre ellas encontró varias que eran muy pesadas. Se preguntó si éstas eran las flojeras de los indios y si en España sería posible verificar un caso similar.

El segundo documento forma parte del informe general de la visita pastoral de Ortigosa, enviado al monarca español el 20 de noviembre de 1784, seis años después del escrito anterior y nueve desde su llegada a Oaxaca. Corresponde a la sección cuarta, de un total de dieciséis, integrada por tres fojas numeradas. Es importante señalar que para entonces Ortigosa ya había recorrido toda su diócesis a lo largo de siete años. El informe completo tiene el número 1 de un legajo titulado “Expedientes de la visita del obispo de Oaxaca a su diócesis”.⁶ En su elogio fúnebre se destacó la austeridad de su comitiva, se dijo que visitó la vasta extensión de su diócesis a caballo, con sólo dos o tres criados, y que montado en una mula solía iniciar los recorridos desde su palacio (De Zaballa y Lanchas, 2014, p. 32). Agrupó su informe en cinco cordilleras,⁷ que son los circuitos que siguió, las cuáles se encuentran en la continuación del legajo “Expedientes de la visita del obispo de Oaxaca a su diócesis”.⁸ Cada una de ellas describe el derrotero seguido. La primera, de 1777, fue por el rumbo de Ixtepeji, en la Sierra Norte. En la Tabla 1 se pueden ver los pueblos visitados hasta septiembre de 1783. En 1790 inició una segunda visita general, pero ya no la terminó por cuestiones de salud (De Zaballa y Lanchas, 2014, p. 34).

5 Según la RAE, en el antiguo sistema español, una legua equivale a 5,572.7 metros. La legua se define por el camino que regularmente se anda en una hora. (<https://dle.rae.es/legua?m=form>)

6 AGI, México, 2587.

7 También se llama Libro de Cordilleras a los numerosos documentos recopilados en los libros de gobierno de las parroquias (De Zaballa y Lanchas, 2014, p. 22).

8 AGI, México, 2588.

TABLA 1. RECORRIDO DE LA VISITA GENERAL DEL OBISPO ORTIGOSA, 1777-1783

Cordillera	Fechas	Pueblos y curatos
Primera	1777	Curato de Ixtepeji
Segunda	Noviembre 1778	Tlacoahuaya, Tlacolula, Mitla
	Diciembre 1778	Ayutla, Atitlán, Chichicastepec, Yalalag, San Francisco Cajonos, Zoochila, Tabaa, Tanetze
	Enero 1779	Yae, Villa Alta, Betaza, Totontepec, Comaltepec, Choapan, Yahuiwe, Puxmetacán
	Febrero 1779	San Juan Tenantitlán Chinameca, del pueblo y cabecera de Acayucán; Acayucán, San Andrés Tuxtla
	Marzo 1779	Santiago Tuxtla, Latani, Teotalcingo, Santa María Asunción Lachixila o Vijanos, Yagavila
	Diciembre 1779:	San Juan Teitipac
Tercera	Junio 1780	San Pablo Guajolotitlán, San Sebastián de las Sedas, Santa Ma. Almoloyas, Apoala, Nochixtlán, Tecomatlán
	Julio 1780	Santa María Jaltepec, Peñoles, Teozacoalco, Elotepec, Yolotepec, Quanana
	Agosto 1780	Ytunduxia, Chalcatongo, San Mateo del Peñasco, San Miguel Achutla, Tilantongo
	Septiembre 1780	Yanhuitlán, Coixtlahuaca, Texupa, Santa Ma. Chilapan
	Octubre 1780	Teposcolula, Tlaxiaco, San Andrés Chicahuaxtla, curato del pueblo y cabecera de Tlaxiaco; Tecomastlahuaca
	Noviembre 1780	Juxtlahuaca, Amuzgos, Xochistlahuaca, Ihualapan, Ometepec, Tapextla, haciendas de Los Cortijos, La Grande, Santo Domingo, Cuajinicuilapan, Soledad, San Nicolás y Maldonado, propiedad del Mariscal de Castilla
	Diciembre 1780	Pinotepa del Rey, Atoyac, Pinotepa de don Luis, Huazolotitlán, Jamiltepec, Tututepec
	Enero 1781	Santa Lucía Teotepec, cabecera del curato de Santiago Yeitepec del pueblo de Zacatepec; Santa Catarina Juquila, San Miguel Sola, Lachixijo, Santa Cruz Mixtepec

Cuarta	Diciembre 1782	Santa Catarina Minas, curato del pueblo de San Miguel Tilquiapán; San Luis Amatlán
	Enero 1783	Quiechapa, San Juan Mixtepec, pueblo y cabecera de la doctrina de San Agustín Mixtepec; Lapaguía, San Juan Ozolotepec, San Mateo Piñas, Santa María Ozolotepec
	Febrero 1783	San Mateo Río Hondo, San Baltazar Loxicha, curato del pueblo de San Agustín Loxicha; San Pablo Coatlán, Miahuatlán, Natividad Ejutla
	Septiembre 1783	Santa María Tamazulapam
Quinta	Diciembre 1781	Sta. Ma. Totolapa, San Bartolomé, pueblo del curato de Nexapa; Tequisistlán, curato del pueblo y cabecera de Asunción Tlacolula [Tlacolulita]; Huamelula
	Enero 1782	Zanatepec Villa de Tehuantepec, San Francisco del Mar, San Juan Guichicovi, Santa María Petapa, Santo Domingo Petapa, Asunción, curato de la villa de Xalapa; Santiago Xilotepec, curato del partido de San Pedro Xilotepec; San Juan Lachixila
	Febrero 1782	Quetzaltepec, curato del pueblo y cabecera de Ixcuintepec; San Pedro Acatlán, curato y doctrina del pueblo de Malacatepec; San Juan Juquila, Quiatoni

Fuente: AGI, México, 2587 y 2588.

El contenido de este segundo documento manifiesta la continuidad de la oposición de Ortigosa a los repartimientos y la necesidad de su “extirpación”, para evitar los “daños y perjuicios temporales” y espirituales en los indios. Aunque no se extiende en tantos detalles como en el primero, apuntó algunos datos interesantes que muestran la preocupación profunda del obispo por la falta de vida espiritual de sus feligreses indios. Señaló que las deudas contraídas por éstos con el alcalde mayor no les permitían tener un día festivo ni asistir “a la explicación de la doctrina y cumplimiento de Iglesia, no hay convivencia con su mujer e hijos, siendo no pocos los que desertan de los pueblos por la tiranía de las cobranzas, de que hay repetidos y bien tristes ejemplares”. Y en una de las últimas líneas alude a la tensión que había en esos momentos entre miembros del clero y las élites locales que competían por los recursos materiales y humanos de los pueblos de indios. Relató que no se había olvidado en Oaxaca el insulto que había sufrido su antecesor, el obispo Álvarez de Abreu, después de haber hecho un sermón contra las usuras y repartimientos, y que ello había influido en el aceleramiento de su muerte.

TRANSCRIPCIÓN

Documento 1. AGI, México, 1872. Escrito del obispo de Oaxaca del 20 de julio de 1778, firmado en Antequera. Tiene un total de 18 fojas, no están numeradas.

[F.1]

N. 3

“Señor: en la real cédula expedida en san Lorenzo a 15 de octubre del año pasado de 1777, se dignó Vuestra Majestad resolver, que los prelados de estas Américas informen si convendrá, que subsista la disposición de otra soberana determinación de 15 de junio de 51, en que se prescribió método y reglas a los repartimientos, que se permitieron a los Alcaldes Mayores hacer a los indios, o su pide alguna moderación o ampliación, para evitar los daños y perjuicios que se han experimentado, expresando en este caso las reglas y medios, con que podrá tener uso, o si por el contrario siendo inadaptable y poco favorable, a los fines a que se dirige la citada Real determinación, atendidos los males que produce su práctica, convendrá quitar los repartimientos, por el medio de dotar los Corregimientos y, Alcaldías del Ramo de Tributos, aumentando a los indios esta contribución, hasta la competente cantidad. Si los indios se prestaran gustosos a ello o si habrá otro medio menos gravoso; teniendo presente los que en equidad y justicia se deberán tomar también para atraerlos, y estrecharlos a la aplicación al trabajo y a que por falta de auxilios no carezcan [F. 1v.] de lo preciso para su habilitación en sus respectivas ocupaciones, que son las dos causas más principales en que se fundó la Real Cédula para la concesión de los repartimientos”.

La importancia, y gravedad del asunto; el amor a la justicia, equidad, y buen concierto, el reparo de unos daños, que son el más fecundo manantial de las lágrimas de todas las personas, que no han desnudado la humanidad, y piedad; los asombrosos escándalos, vejaciones, perjuicios, y extorciones, que producen los repartimientos a los Indios; la pérdida de las almas de los Alcaldes Mayores por esta ocasión; los estorbos y disturbios, que de ellos nacen a los Ministros de Jesucristo en la Instrucción cristiana, y política de estos naturales; y en una palabra, la causa de Dios; y de Vuestra Majestad y las sagradas atenciones, que debe a su ministerio pastoral, han desempeñado al obispo de Oaxaca, que informa (después de haber encomendado a Dios este arduo negocio, y encargado a las oraciones de muchas buenas almas, para que el seños le comunicase sus luces al acierto) al más serio estudio, y meditación de los puntos, que comprende esta soberana determinación. A cuya

consecuencia, puesto a los reales pies de V. M. como si estuviera a los de Jesucristo, debo en el más [F. 2] profundo respeto y veneración hacer presente.

Que no me era tan indiferente, y peregrino este espinoso [e] interesante asunto, que antes de ahora, ya solo la voz común, y noticias tomadas de sujeto de virtud, y letras, ordenados de practico conocimiento de lo que en la materia pasa en este vasto disperso obispado, que es el teatro de los mayores desórdenes en ella, no tuviese hechas varias reflexiones, y vertido muchas lágrimas por su ordenación y remedio. Pero ha crecido mi admiración y aún mi asombro, aumentándose al mismo tiempo mi dolor y amargura con la experiencia que he adquirido en la larga visita que acabo de celebrar de una gran parte de esta diócesis. De forma que, sin mendigar especies, ni dictámenes forasteros, pudiera poner a los reales pies de V. M. un prodigioso cúmulo de casos y cosas que hacen estragos lastimosos, y ejecutan al reparo de unas ruinas lamentables, de que son testimonio irrefragable; porque todo cuanto comprenden es verdad, los documentos número primero hasta el sexto de varios memoriales, que entre otros muchos que se han traspapelado, me han presentado los indios de diferentes pueblos y alcaldías, creyendo que yo [F. 2v.] podría remediarlos y acompañan este veraz y reverente informe.

Bastaría para formar idea cabal de los estragos, que hacen los repartimientos, y de la pestilencial fama que de ellos se deriva a los Alcaldes mayores, el testificar a Vuestra Majestad que (sin dejar de ser muchos los curas y confesores del clero secular y regular, que como particulares no se acomodan a impartir la absolución sacramental a los alcaldes mayores y sus tenientes, porque los gradúan de ocasionarios próximos voluntarios en pecado, atendidos los fraudes, perjuicios y estafas, que hacen a la capa de los repartimientos) toda la provincia de San Hipólito Mártir del orden de predicadores, que circunscribe en este obispado, abunda en estos mismos sentimientos, de suerte, que ningún Alcalde mayor o teniente confiesa con fraile dominico, y ciertamente, que hay entre ellos algunos bien doctos y santos.

Sin embargo, de todo esto, que pone en estado de no tener duda el punto de extirpación de repartimientos en general, y como se practican en el día; desconfiado de mi propio dictamen, en que pudiera engañarme, y por no llegar al Trono Real sobre sola mi palabra y desnudo de todo apoyo, exponiéndome al riesgo de que se graduase de ligereza, o [F. 3] falta de toda aquella circunspección, con que debe informarse a Vuestra Majestad en todas materias, en que solo busca la gloria de Dios, el descargo de su delicada Real conciencia y la felicidad de sus vasallos; me pareció oportuno oír por escrito los sentimientos y dictámenes de varios curas eclesiásticos de letras, virtud y práctica, sin descubrirles el objeto a que se dirigía

mi averiguación y con encargo especial del secreto. Sus pareceres fundados y bien extensos, que documentan este informe, y se comprenden desde el número de 7 hasta el 15, relevándome de hacer más molesto este papel, con relación de casos y hechos ocurridos, aunque por distintos rumbos descubren las vejaciones que hacen los alcaldes mayores en sus repartimientos, los daños y prejuicios que de ellos se siguen en lo espiritual y temporal y las dificultades, o más imposibilidad de ordenarlos y reducirlos a lo justo, y de consiguiente lejos de obligarme a variar de juicio, me afianzan más, en el que tenía formado de la necesidad de cegar un manantial tan copioso de escándalos, y de desbaratar un lazo, que caza innumerables a[1]mas para el infierno.

He tenido por superfluo recoger otros dictámenes, viviendo en el concepto de que, preguntados todos los curas de este obispado, los más confesores [F. 3v.] de uno y otro clero, y aun los seglares bien intencionados, y de juicio; y sobre todo los mismos alcaldes mayores actuales y pasados, responderían del mismo modo, a no hacer traición a los dictámenes y remordimientos de su conciencia. Bien conocen ellos que van mal. Unos después de dejados los empleos, otros en la última enfermedad, y de aquí comunicados secretos fideicomisos, con fianzas testamentarias, restituciones disimuladas y fundaciones de obras pías a la hora de la muerte y aun en vida, después de dejados los empleos, medios a la verdad poco proporcionados para reparar daños, restituyendo con la igualdad que pide el evangelio. Pudiera añadir, en comprobación de esta verdad que trato a cierta persona, que acaba el empleo de alcalde mayor, en que se ha manejado con la mayor templanza, y equidad, habiendo precedido consultas y pareceres de hombres doctos para su gobierno, y habiéndose retirado a un encierro de convento por cuatro meses, para liquidar el estado de su alma. Sin embargo, de todas estas cristianas santas precauciones, en el día me tiene comunicado, que va a restituir algunas cantidades en su jurisdicción y a fundar cierta obra pía a beneficio de los indios de ella, y de su propia boca he oído, que antes se arrimaría a una portería de una hortera⁹ [F. 4] que servir otra alcaldía mayor. Por el contrario, me consta de oídas a personas fidedignas, que otro alcalde mayor que ya está juzgado de Dios, conociendo el infeliz estado de su alma y la dificultad de restituir el crecido caudal, que sacó de su empleo, dijo varias veces temeraria y escandalosamente: que sabía que los inferneros habían de tener

9 Según el Diccionario de Autoridades, Tomo IV, 1734, en línea (<https://apps2.rae.es/DA.html>), “hortera” es el nombre que dan en algunas provincias de España a las casas de pobres.

una gran merienda el día que él muriese. Estas eran sus expresiones, no quiera Dios que se hayan verificado.

Ni puede suceder otra cosa, por más medidas que se tomen en enderezar estos repartimientos. Fallarán cuantas reglas y ordenaciones dicte la más sabía y exquisita prudencia, las hará ilusoria la insaciable hambre del oro, burlando la vigilancia del gobierno, que o no puede llegar a los países retirados, donde se frecuentan estas maldades, o se le desfigurarán por los mismos, a quienes se cometa la averiguación de la verdad, sin que sea remedio a estos daños el de las residencias; porque este ejercicio tan conforme a todas las leyes, se halla reducido a pura ceremonia, y al tanto más cuanto, y es otra ocasión de innumerables pecados, iniquidades y perjuicios, como se apunta en algunos de los documentos que incluyo.

Para conocer la verdad de estas [F. 4v.] aserciones y la imposibilidad del remedio de los desórdenes, no es necesario hacer muy profundas reflexiones, basta una sola vista de ojos sobre lo que pasa en la materia. De tres modos por lo común que se habilitan los alcaldes mayores para hacer sus repartimientos. Unos (que en verdad son pocos, o tal vez no se verificará el caso) con propio caudal: otros sacando dinero a réditos de un cinco por ciento al año: y los más por medio de habilitadores, que los surten de caudales y géneros para esta especie de negociación. Dejando el primer caso por raro; en cualquiera de los otros dos se encuentra una ocasión próxima a perjudicar a los indios en los tratos que con ellos hacen, aspirando a sacar aquel primer cinco por ciento o las ganancias que ha figurado su codicia al mercader habilitador; y sobre estas las que debe producir la autoridad, buena cobranza y precios arbitrarios que ponen a los géneros, o usuras del dinero los alcaldes mayores.

Para hacer efectivas estas miras, se usa de los medios más abominables e indecentes. Lo primero que pone el alcalde mayor en las casas reales de la cabecera y pueblos es una tienda de géneros y comestibles y potables, con que profana el respeto que se debe a ellas, vendiendo los géneros [F. 5] más precisos para la manutención de los indios al fiado, o al contado a los precios que les dicta su codicia, sin atender a la calidad y legitimidad de peso y medida, como que no tienen superior que cele sobre ello. Si reparte a pagar en grana, ya es sabido que, dando al indio asemille o no asemille este fruto, doce reales le ha de satisfacer, y entregar una libra de grana, que hecho cómputo en un quinquenio vale cuando menos veinte reales, pero ya muchos alcaldes mayores (y de alguno lo sé de su propia boca) por quitarse la molestia, y deponer sus escrúpulos, no habilitan así al indio, sino es que le dan doce reales en dinero con obligación de volverles dieciséis, que es una moderada ganancia de un treinta dos por ciento en menos de un año.

Por este inicuo medio y por otros que se han excogitado para enriquecer a poca costa, los alcaldes mayores que han sacado dinero a réditos, ya al tercer año pagan los capitales, y quedan con sobrados fondos, para manejarse por sí en el tiempo de sus alcaldías, de forma que son asombrosos los caudales que sacan al concluir los cinco años, continuando el mismo método de repartimiento. Y no son menores los que adquieren mediante la compañía o habilitación de los mercaderes. Sus libros de caja [F. 5v.] pudieran ser testigos de mayor excepción, pero ello es que, de notorio se dice que tal alcalde mayor sacó trescientos, aquel doscientos, y este otro cien mil pesos que asombrará más al que haya visto la infelicidad de los indios, pues a mí se me figura que todo el territorio que ocupa la mejor alcaldía mayor no vale tanto. Lo que es prueba probada de la iniquidad de estos repartimientos es el mismo hecho de los alcaldes mayores cuando cumplen sus oficios. El modo en que se manejan con sus sucesores es éste: les traspasan y ceden las dependencias o deudas que han contraído a su favor los indios, perdiendo un treinta por ciento, de que son frecuentes y comunes los casos. De aquí es que [ilegible] bajo la autoridad del oficio son ciento, pero arrimado este ya no son más que setenta, y de consiguiente es venal y comerciable la jurisdicción que Vuestra Majestad deposita en los alcaldes mayores. Abominable sacrilegio! No es menor otro de que tengo alguna noticia, se vale alguno o algunos alcaldes mayores. Si el indio le queda a deber, por ejemplo, diez o doce pesos, lo vuelven a habilitar para el año siguiente con otros treinta o cuarenta, pero de éstos mismos que les entregan en propia mano, con otra les quitan los diez o doce que debían, [F.6] quedando endrogados en los treinta o cuarenta y aumentando por este medio los logros y ganancias.

De las extorsiones y vejaciones, que usan los alcaldes mayores y sus tenientes y dependientes para la cobranza, refieren muchos los papeles que documentan este informe. Y siendo imposible repetirlas todas, no puedo omitir, porque es lo que más me duele, las que padece la instrucción cristiana de los indios, ya en la asistencia al cumplimiento de los preceptos de la Iglesia en la confesión anual y comunión pascual, y concurrencia a oír misa los días festivos. En siendo el indio deudor de su alcalde mayor, por más diligencias que practique el párroco para traerlo al cumplimiento de estas obligaciones, o no viene, temeroso de que lo pongan en la cárcel, o los mismos alcaldes mayores los protegen para estas desobediencias a sus curas, persuadidos a que es perdido todo el tiempo que no ocupan en el proporcionarse facultades con que pagarles. Síguese de aquí, como lo estoy viendo con mis ojos, y llorando con sangre de mi corazón, que en los padrones de cumplimiento de Iglesia vienen anotados muchos feligreses en algunas parroquias en crecido número. Tantos

no confesaron o no comulgaron porque no [F. 6v.] saben la doctrina cristiana. No por esto dejaré de confesar, que en gran parte pender del poco celo de varios curas, pero de cualquier modo es para mi un trago muy amargo; que solo la religiosa real piedad de Vuestra Majestad puede dulcificarlo, dignándose expedir las más estrechas ordenanzas, para que contribuían los justicias con los socorros convenientes y eficaces a los obispos para facilitar la enseñanza de los indios y el cumplimiento de las obligaciones cristianas.

Síguese también que los curas vivan en suma estreches, algunos aun sin lo preciso para su manutención, porque ocupados los indios y desangrados para pagar a sus alcaldes mayores no satisfacen a sus párrocos las obvenciones y demás derechos parroquiales. Y lo que es peor que todo, que viendo estos miserables un ejemplo tan perjudicial, como llevarles usuras y logros de esta naturaleza, no hay indio que suelte un peso para socorrer a su padre, hermano, pariente o vecino, que no sea a condición de volverle el hijo, que ellos llaman, que quiere decir un real o dos en cada peso, aunque se lo presten por un día. Componiendo con esta sordidez los alcaldes mayores una altivez y soberanía insufrible, abatiendo hasta lo más ínfimo no solo las facultades y ministerio de los curas, sino es también la autoridad de los obispos y sus juzgados, pues [F. 7] con igual soberanía que es propia de Vuestra Majestad libran despachos de ruego y encargo a los tribunales eclesiásticos a cada paso. Y se valen hasta del nombre augusto del real patronato para iguales asombrosos casos y procedimientos al que resulta del testimonio número dieciséis de lo acaecido el jueves santo con el alcalde mayor de Ixtepeji don Bartolomé de Lozada.

Hasta ahora abrigados con las soberanas facultades y encargos de Vuestra Majestad han sacado los curas, por medio de la corrección y el castigo paternal, o enviándolos al juzgado eclesiástico de indios, a muchas almas del cieno y basura de la superstición e idolatría, y aun en esto ponen en cuestión los alcaldes mayores contra las sagradas intenciones de Vuestra Majestad y contra los católicos designios y fines de la conquista, unas veces disputándoles la autoridad y otras negándoles los auxilios, especialmente en resultando reos algunos que les sean deudores por parecerles que se inhabilitan sus cobranzas, llegando a tan alto grado de oposición, que hasta un fiscal, que desde los principios de la justa adquisición de las Indias, acostumbra dar a los pueblos a los párrocos, se lo disputan o substraen, persuadidos a que esto se opone a la regalía. Si se trata de poner maestros de niños y escuelas de castellano, en que sean doctrinados [7v.] los niños según los repetidos estrechos encargos de Vuestra Majestad, he visto en el curso de mi santa visita que los más pueblos carecen de ellos, porque es muy común armarse disputa entre el cura y el

alcalde mayor sobre quién lo ha de nombrar y de donde se ha de pagar el costo del salario, no permitiendo por lo común los alcaldes mayores la contribución de los indios a este importante objeto, porque no se inhabiliten para pagar sus dependencias de que resulta que la lengua castellana no se propaga, frustrándose las sabías providencias a este fin.

Supuesto que no convenga, que corran los repartimientos, y que no hay medio de reducirlos a orden de equidad y justicia, como a mí me parece, por los gravísimos inconvenientes que pueden producir con el tiempo, aunque se modifiquen y templen con las más sabías precauciones; es consecuencia forzosa la dotación de los alcaldes mayores con un sueldo decente; y a este fin nada tiene de extraño el medio que indica esta real determinación de aumentar los tributos, a proporción del salario, que deba asignarse a los justicias. Pero no debe esperarse que los indios se presten gustosos a esa novedad; porque, no obstante, que les sería tan cómoda, y ventajosa, son tenacísimos de sus costumbres y antigüedades, de suerte que ni para mejorar de condición, y vivir en más alivio, la dejarán con buena voluntad. Con todo me parecía que, si el medio es proporcionado para su utilidad, y en beneficio de la causa pública, no es justo hacer mérito de esa irracional repugnancia, tratándolos en este caso como a los enfermos frenéticos, que no [F. 8] quieren tomar el alimento o medicinas.

El cuánto del aumento de tributos y el arreglo de alcaldías y sueldos en este sistema, es bien difícil de resolver. Desde luego se ofrece a la consideración, que es preciso que estos ministros estén bien dotados, para cortarles todo pretexto de estafas: que necesitan de subalternos en los pueblos, para la pronta administración de justicia: que hacen crecidos gastos para venir a servir a Vuestra Majestad y que en razón y justicia es conforme la asignación de un estipendio con que puedan resarcir estas impensas, y la retribución a que los hacen acreedores sus méritos y servicios: que estos empleos son dignos de que se sirvan por sujetos circunstanciados, y de graduación, a cuya correspondencia pide la equidad, que se proporcione el premio, pues de otro modo se seguirá que los ocupen personas de poca representación o despreciables por sus calidades.

Si en las Indias se contentasen los empleados con un estipendio que les produjese lo suficiente para pasar la vida, mantener sus obligaciones con honor y dejar un decente pasar a sus mujeres e hijos: Guardando las reglas de proporción, con lo que sucede en España, atendida la alteración, que acá padecen [F.8v.] los precios y costos de alimentos, ropas, y demás necesario para la manutención y decencia: ninguna dificultad pudiera encontrarse en arreglar los salarios de alcaldes mayores.

Pero no venimos a esto, todos aspiran a ser ricos a poca costa en viniendo a las Indias, sin hacerse cargo, que los ministros togados que sirven a Vuestra Majestad en sus reales audiencias, después de haber consumido sus patrimonios, y arruinada su salud en la carrera literaria, únicamente sacan un honrado pasar, porque los sueldos, aunque decentes no dan para más, quedando sus viudas, y descendientes pendientes a la piedad con que Vuestra Majestad atiende a la posteridad de los que han tenido el honor de servirle, y atendidos a una viudedad, que se dotó de las rebajas de aquel mismo sueldo.

Los mismos alcaldes mayores exageran el valor de los curatos. Proceden en realidad muy equivocados, sin que por esto intente asentar que deje de haber alguno de considerable ingreso, al menos fuera de este obispado. Como quiera, lo que, por confesión de ellos mismos, es copiosa, y rica dotación para un párroco, que ha de mantener vicarios y ministros, y pagar pensiones de seminario, mesada, y gastos de entrada, parece que guardaba proporción, podrá ser suficiente dotación para un alcalde mayor; y más cuando este [F.9] se cobrará por su mano, sin riesgo a perder un medio, lo que no suceda a los curas, a quienes se contribuye tarde, mal, o nunca con sus obvenciones, de lo que tengo alguna experiencia, y casos bien recientes. Al párroco contribuye el indio en este obispado desde los dieciocho años hasta los sesenta y seis con seis sinodales al año, a razón de dos reales cada una, que componen doce. De aquí se deduce que, contribuyendo al alcalde mayor con otro tanto, puede haber un justicia en cada curato. No sea así, porque de verdad se multiplicarían los ministros y seguramente no tendrían con qué pasar; pero no encuentro reparo digno de atención, en que haciendo nuevo establecimiento de jurisdicciones y demarcaciones de alcaldías, porque en realidad algunas son muy dilatadas, dispersas, de malos temperamentos, y por esta razón poco cultivadas, se agregasen dos, tres o cuatro curatos, hasta componer de dos, hasta cuatro mil pesos exigidos por la misma forma de contribución, que se gobiernan los curatos. Pudieran asignarse estos de sueldo a cada alcalde mayor, quedando por este medio competentemente dotados, mejor gobernadas las jurisdicciones relevados los indios de las vejaciones, que padecen en las comparecencias personales a cada rato [F. 9v.] en las cabeceras de alcaldía, distantes a muchas leguas, y los alcaldes mayores sin necesidad de subalternos, que ahora se multiplican por sus intereses particulares con notorios perjuicios de estos naturales.

Es constante que estos empleos deben servirse por hombres dignos y ameritados; y si pudieran servirse por ángeles no estaría por demás en las Indias: Que se ocasionan gastos en los viajes y pasajes, más no siempre será necesario que vengan

a ocuparlos sujetos de esotra banda [españoles europeos]. Cuando hay acá crecido número de españoles nativos y muchos americanos, que los desempeñarían con igual suficiencia y legalidad. Sobre todo, un ministro togado viene de España con cuatro mil pesos o menos, hace iguales gastos, y viene con gusto ¿Qué mucho que haga lo mismo un alcalde mayor con igual o mayor sueldo? Con otros menores salarios vienen inquisidores, canónigos, prebendados y empleados a servir las oficinas de Vuestra Majestad sujetos de distinción y mérito ¿pues qué privilegio es el de las alcaldías mayores, para que sean excepción de esta regla?

Únicamente podrá oponerse a este establecimiento que aquellos empleos son vitalicios, y las [F. 10] alcaldías temporales. Es cierto, sin que por esto varíe de dictamen, cuando para todo puede haber remedio. Dejo asentado la superfluidad a que la industria y malicia de los hombres ha reducido el oportuno medio de las residencias, para vindicar los despropósitos, agravios y mala administración de justicia, que pueden cometer los ministros de ella. Sobre este concepto, reformando las residencias, y estableciendo una visita cada dos años sobre cada alcaldía mayor, no se me ofrece reparo, en que calificada por este medio la conducta, juicio, integridad, celo, desinterés y recta administración de justicia, se continúen los mismos alcaldes mayores o se promuevan a otros, dejando en sus propias manos el hacerlas vitalicias mediante su buen porte. Con esto parecía que siendo adaptable este establecimiento quedan superados muchos inconvenientes y dificultades.

Digo señor, siendo adaptable, porque en mi pobre juicio, si bien no es despreciable este sistema, se presenta otro menos gravoso, más agradable y útil a los indios, y de más fácil y cómoda ejecución. Vuestra Majestad es dueño de los ramos de tributos, alcabalas, tabacos, pólvora, limosna de bulas, y demás de real hacienda: En el expendio, recaudación y cobranza de estos [F. 10v.] haberes reales, además de los administradores generales, se emplea un gran número de personas asalariadas: Parecería que encargando a los corregidores y alcaldes mayores foráneos este expendio y recaudación en sus respectivos territorios, bajo de fianzas a toda satisfacción; dejando subsistentes los corregimientos y administraciones generales de las capitales, sobre le pie en que están éstas, y dotando aquellas, quedarían sobradamente socorridos los ministros de justicia, sin gravamen de los indios, y con notorias utilidades de la hacienda real, como que se harían las cobranzas y enteros por personas autorizadas con jurisdicción. Ni esta especie de oficio ministerial creo, que se oponga al honor que debe hacerse al bastón o vara de justicia, pues además de que los alcaldes mayores mismos cobran los reales tributos; harto mayor bajeza es, en el estado del día, hallarse contruidos en tenderos de géneros y comestibles, cuya

ocupación han hecho compatible con el bastón o por mejor decir, es la más principal de los justicias.

El mismo punto en razón de que se tengan presentes los medios que, en equidad y justicia, se deban tomar para atraer y estrechar a los indios a la aplicación y trabajo [F. 11] y que por falta de auxilios no carezcan de lo preciso para su habilitación en sus respectivas ocupaciones y oficios, es de la mayor consideración y suma importancia en el concepto de que el indio es desidioso, holgazán, inaplicado y vicioso. Nadie que tenga conocimiento de los indios puede negarles que tienen estas malas propiedades y otras peores dignas de llorarse con sangre, al paso que tienen otras muy laudables, que los hacen amables a los que los tratan y gobiernan con humanidad.

Los vicios dominantes que yo he observado en los indios son, un odio implacable a los españoles, a quienes al paso que los temen, aborrecen de corazón, a excepción de Vuestra Majestad a quien aman y aun idolatran; la embriaguez y la lujuria, y todos tienen en un principio manifiesto. Aborrecen a los españoles porque por lo común, sin excluir algunos curas, y especialmente los alcaldes mayores y sus dependientes, los tratan con inhumanidad y tiránicamente de que hay casos asombrosos; y aman a Vuestra Majestad porque los colma de beneficios, favores y privilegios. Son borrachos porque no conocen el honor y la vergüenza, y porque no se cela este desorden como debe, y quiera Dios que no lo fomenten [F. 11v.] los mismos que debían remediarlo, vendiéndoles los simples de que componen sus bebestrajos embriagantes. En cierto pueblo de mi visita se me presentó un gobernador indio al cumplido, que acostumar hacer, perdido de borracho: el teniente tomó la providencia de ponerlo en la cárcel y quitarle el bastón, pero puede que no hubiera yo salido de la jurisdicción cuando se lo volvió y restituido el indio a su empleo, tuvo la insolencia de presentarse al cura mofándole e insultándole. La propensión a la lascivia y los horrendos casos en esta materia no tienen otro origen que el vivir los indios de ambos sexos sin pudor y medio desnudos, sin reservar las partes más secretas, durmiendo revueltos unos con otros padres, madres, hermanos y hermanas en un mismo petate y siempre en un jacal sin separación. A que se añade que el temperamento madura tempranamente a la naturaleza de todas clases y el indio la ayuda con su alimento ordinario de chile y bebidas fuertes provocantes de lujuria.

La preocupación de las gentes, o tal vez alguna mira poco honesta, está en el principio, a que se atribuyen esta decidía, holgazanería y falta de aplicación. Los preocupados que [F.12] solo hablan por lo que ven y los que se interesan en que el indio sea inepto para todo, aspiran a poner por principio y origen de sus vicios

la propia naturaleza del mismo indio. Los que proceden con reflexión y con fines libres de bastardías, gobernados por lo que les enseña el trato y experiencia, no tienen por raíz de la indolencia del indio a su naturaleza, pues claramente ven que son de la misma índole e inclinaciones que todo los demás hombres; accesibles a todas las virtudes y vicios en lo político, moral y cristiano, que los que nacieron en Castilla y por consiguiente encuentran el origen de la inaplicación y desorden en la crianza y abatimientos y abyección en que viven.

Si aciertan los primeros, indubitavelmente es necesario que se socorra este desorden de la naturaleza por medio[s] proporcionados a este fin; tratando a los indios enteramente como pupilos, locos o mentecatos, sujetos a dirección y gobierno de otros; siendo recto el juicio de los segundos, con mudar de gobierno y crianza, dejándolos vivir en su libertad natural necesitados a trabajar, e ingeniar-se para adquirir su sustento, comodidad y distinciones a que aspiran los mortales, se aplicarán sin duda a proporcionarse estas felicidades, dedicándose al trabajo; se conseguirán maravillosos [f. 12v.] efectos, y se verá a los indios políticos, sociables, buenos cristianos, instruidos, laboriosos y sin vicios infames. Yo no me atreveré a tomar partido por unos ni por otros, lo que sí puedo asegurar de cierto es, que el que más se lisonjea de que conoce la naturaleza del indio, aquel desatina más, ¿es bueno que no nos conocemos a nosotros mismos, y nos prometemos tener conocimiento de los demás? ¿Quién es capaz de penetrar los secretos e inclinaciones del corazón humano? Pues ello es, que los indios son de nuestra propia naturaleza. Con todo si hubiese de tomar partido, me arrimaría a los segundos y para ello creo tener poderosas razones.

A todos vive sujeto el infeliz, miserable indio; todos son sobre él, y a todos se contempla inferior; él come groseramente y poco, vive desnudo, sirviendo su pobre tilma o manta de abrigo de gala, de cama y de mortaja; trabaja y no adelanta porque sus sudores y fatigas son para otros; no logra distinciones, ascensos ni otros premios que dispersan la desidia y estimulan a los demás a trabajar, ¿en esta infeliz constitución, que maravilla es que sean holgazanes? Conoce que por más que sude, trabaje y afane, no ha de mejorar de suerte [F.13]; contentarse por otro lado con poco para su sustento y vestido, porque así se ha criado, es desprendido, sin conocer la codicia, pues que mucho que sea holgazán y desidioso? Esto que se experimenta en los indios no es tan característico de ellos, que no se experimente lo mismo en cuasi todos los criados inferiores de las casas, dejados a su arbitrio. Si el indio supiese que el fruto de sus tareas había de ser para su honra y provecho; formo concepto que sería más aplicado y laborioso, y menos vicioso y haragán.

Lejos de estimar yo esta conducta de los indios por efecto de su flojedad y de la cortedad de talento, que se les atribuye; se me presenta como una finura de un juicio bien ordenado y perspicaz; y me parece que allá dentro de su corazón forma prácticamente el indio un silogismo concluyente: que trabaje, que no trabaje (dirá) yo no he de ser más feliz, ni he de lograr más comodidades: pues del mal el menor, si mal como bien me huelgo. Ni tampoco son los indios (a lo que yo he observado) tan necios y desidiosos como los pintan, ellos son realmente industriosos y sin herramientas ni instrumentos hacen cosas que los mejores artífices no construyen ni sacan tan perfectas [F. 13v.] con los instrumentos y reglas del arte. No hay trabajo recio y de fatiga que no hagan los indios porque hasta las castas bajas e infectas no se ocupan en labores del campo, y otros de mucha fatiga corporal, a excepción de la minería, porque adquieren crecidos intereses. Ello es que ni comemos ni bebemos ni tenemos casas en que habitar en las Américas que no se deban al sudor y trabajo de los indios. Por otra parte, ¿cómo han de trabajar mucho, si el alimento que toman apenas es suficiente para conservar la vida? Un gañán de Andalucía o un peón de los que labran las viñas de la Rioja o Aragón, come en un día más que un indio en un mes. Puede contribuir también a la flojera que se experimenta no solo en los indios, sino es en las personas de todas las clases, la futilidad de los alimentos y el mismo clima del reino; siendo constante que en las Indias todos trabajamos menos de lo que podemos y debemos.

En comprobación de que no es como se pinta la desidia y flojera del indio, daré un caso, que me sucedió este mes de marzo, hallándome de visita en el curato de Ixtepeji. Pidiéndome aquellos pobres indios, que les consagrase o bendijese una campana, porque casi todos los años [F. 14] les asolaban sus nopaleras las tempestades y granizadas. Condescendí a esta suplica, corrió la voz por la comarca y a las cuarenta y ocho horas ya todo el pueblo estaba lleno de campanas, pues pasaron de dieciséis las que condujeron de varios pueblos, algunos a distancia de ocho y diez leguas. De modo que en tres días apearon los infelices las campanas de sus torres y las transportaron en hombros, y entre ellas había algunas bien pesadas, y tengo por cierto que, si hubiera dado lugar, hasta de lo más remoto del obispado hubieran concurrido. Estas son las flojeras de los indios. ¿Cuándo se verificaría en España un caso de estos? Confieso que al mismo tiempo que me llenó de compasión, me sirvió de mucha edificación.

No es de esperar que por falta de auxilios deje de habilitarse el indio para sus siembras y manufacturas, aunque le falte los repartimientos de los alcaldes mayores; antes bien será consiguiente que se avíen y socorran con más abundancia y

mayor equidad los que tengan necesidad de estos socorros, que no son todos; pues es constante que muchos toman los repartimientos contra su voluntad. Su propia comodidad y la ingenua propensión a buscar [F. 14v.] alimento obligará a estos naturales a solicitar el empréstito, el partido, la compañía u otro arbitrio de labrar sus milpas, asemillar sus nopaleras y surtirse de algodones a menos costa, con que construir sus mantas, colchas, huipiles y otras telas que fabrican. Y aun esto no será necesario, pues los comerciantes los buscarán en sus propios pueblos por el interés que les resultará, lo que no hacen ahora porque los alcaldes mayores o no los dejan entrar o por medios directos o indirectos los precisan a salir de la jurisdicción, y especialmente en la dificultad de las cobranzas, a que jamás pueden aspirar, mientras que los indios enteramente cubran las deudas y dependencias con los justicias. De esto resultará que el indio se haga más laborioso y sociable, que entren gentes cultivadas en los países más remotos y escondrijos, que solo son accesibles a los alcaldes mayores, curas y vicarios; se propagará el idioma castellano, se sabrán o averiguarán más fácilmente muchas picardías y desórdenes que encubren las barrancas, los montes y los bosques, se aumentará el comercio y tráfico de unas provincias con otras y se reintegrará el indio en su libertad natural de tratar y contratar con quien le traiga más cuenta, difundiendo este [F. 15] bien común y destruyendo un monopolio tan perjudicial como el que se han construido los alcaldes mayores en los efectos y géneros que entran para surtimiento de sus tiendas y en los frutos y especies que cogen y fabrican los indios mismos.

Para conservar a los indios libres de todo engaño en los contratos que con ellos celebraren los ladinos; porque no es temeridad sospechar que abusen de su rusticidad y apocamiento, para formarles cuentas arbitrarias, ya desfigurando el trato, ya cargándoles en cuenta partidas supuestas o dejando de abonarles todas las que hayan satisfecho; y para contener en los límites de buen orden a los comerciantes que entren en los pueblos de indios a sus negociaciones y granjerías, será forzoso tomar algunas medidas, reglas y precauciones que eviten estos inconvenientes y moderen los tratos y conducta de los traficantes. Pudiera ser remedio oportuno a uno y otro, haciendo especial encargo a los alcaldes mayores y párrocos, sobre que celasen el porte y conducta de los que, ya vagantes, ya establecidos de pie fijo, viviesen entre los indios, porque en realidad no siendo siempre, o por lo más común buen ejemplo el que les dan los [F.15v.] españoles que viven entre ellos, hacen un estrago lamentable en las costumbres. Y por lo relativo a contratos convendría que dejando libre a los indios la compra y ventas con dinero al contado y en mano, en habiendo trato de compañía, venta al fiado ni otra especie de contrato que requiera asiento y traiga

trato sucesivo, que precisamente bajo nulidad interviniese la asistencia de párroco o alguno de sus vicarios o del alcalde mayor o sus tenientes, así para su celebración como para la paga, liquidación y ajuste de cuentas. En cuyo caso tendrían estos protectores y defensores para que no les engañasen, defraudasen, hicieren droga y para que no repartiesen sobre frutos que no cogiesen los indios de aquel país ni recargasen con más habilitación que la que puedan llevar, atendida su aplicación y labores en que se ocupan. Y siendo como es en este obispado el fruto más principal y codiciado el de la grana, que casi llega a ser encanto de los hombres y sobre cuyo tráfico se cometen innumerables fraudes tanto en parte de los indios como de los españoles, que precisa, y necesariamente, el que prestar dinero a cobrar en este género, lo haya de pagar al precio que se [F. 16] venda en los tres primeros registros del mes de julio, que son los que deciden el valor de la grana, entregándola al cosechero bien acondicionada y de calidad y bondad, según la que se da en el país donde se coge.

Cuando estas precauciones no sean adaptables o convenientes por los embarazos que pueda traer se ejecución, o por parecer gravosa para los alcaldes mayores, para los traficantes, y aun para los mismos indios la observancia de formalidades, aun dejando el asunto al método ordinario con que tratan y contratan las demás gentes, se manejarán los indios de forma que eviten todo fraude y el amor e inclinación natural a la propia comodidad y conservación, que ha hecho industrias y aplicadas a otras naciones bárbaras, producirá en ellos estos mismo efectos, acostumbrados a ingeniarse por sí mismos, sin necesidad de arrimo. Y aunque a los principios den algunos tropezones, como sucede al que se ha acostumbrado a andar con báculo, cuando lo arrima, el tiempo y la experiencia es forzoso que los habilite. Y finalmente en ningún evento les faltarán auxilios y socorros para el cultivo de sus tierras, siembras y manufacturas con la diferencia de que los que reciban de los particulares serán reales y verdaderos, cuando los que hoy practican los alcaldes mayores en lugar de ser auxilio y habilitación, es ruina, destrucción y aniquilación del miserable indio, que ha de pagar el año que menos un 32%, y algunos y no pocos un 100%, no siendo extraño, antes bien muy ordinario y común, a excepción de tiempo de guerras, el vender la libra de grana a 24 reales y de aquí para arriba. Sucediendo lo mismo en la habilitación o repartimiento de mulas, caballos, bueyes, machetes y otros géneros, que ha inventado la codicia y no es otra cosa en substancia que vender al fiado con unas ganancias exorbitantes [...] sin correr riesgo alguno, ni poder hallar mi cortedad otro título que justifique estos logros.

Como quiera que por tantos capítulos no fuese intolerable esta especie de negociación debería desterrarse de la sociedad de los cristianos por los inconvenientes

que de ella resultan, pues sin género de duda, su tolerancia ha hecho al dinero una especie comerciable, como si fuera cualquier género, habiéndose apoderado este desorden de los más sagrado; viviendo los obispos y obreros evangélicos privados de predicar la doctrina cristiana en la materia y vicio más dominante y que hace más estragos en este reino por su generalidad, cual es la de usuras, disimulando que se desgarran y destrocen las leyes natural, divina, eclesiástica y civil por ver tan autorizado este vicio, que desmayan los ánimos más valientes al intentar destronarlo, y por no poner la doctrina a la irrisión y escarnio, dando ocasión a insultaciones y disturbios como el que sucedió a mi inmediato antecesor, a quien ciertamente si no quitó la vida una ocurrencia de estas, se la abrevió y ocasionó su pronta muerte y por débil estado en que se hallaba su salud.”

Documento 2. AGI, México, 2587, N. 1, “Informe de la visita del obispo don Joseph Gregorio de Ortigosa de resultados de la visita que hizo de toda su diócesis del 20 de noviembre de 1784”

(F. 21v.)

Sobre repartimientos de alcaldes mayores, usuras y daños que de esto se siguen

(F. 22)

4 Sin que dejen de ser de primera atención los desórdenes mencionados en el capítulo antecedente, no merecen poca consideración, ni sirven de menor torcedor a un obispo; que ha de responder de la condenación de las almas, que Dios, y Vuestra Majestad han puesto a su cargo, las inauditas usuras, contratos infames, y repartimientos que hacen los Alcaldes mayores a los Indios, pues éstos solos en la forma que se practican contra las cristianas máximas de Vuestra Majestad son capaces de arruinar no solo al común de los Indios, sino al mundo entero, si semejante veneno se difundirá en él.

Pudiera sobreseer en este punto tan odioso, sino molestar la Real atención de Vuestra Majestad Remitiéndome a lo que tengo informado a Vuestra Majestad por la secretaría de cámara del Real Patronato de las Indias en 20 de julio de 1778 en cumplimiento del despacho de 15 de octubre de 77, pero (F. 22v.) no puedo dejar de hacer presente, que esta peste cada día cunde más, creciendo por instantes los daños, pues cada momento se excogitan nuevos abominables medios por los Alcaldes mayores, por sus perjudiciales aviadores, y directores, de enriquecerse con sus inicuos repartimientos, de que se sigue la necesaria y absoluta destrucción de los Indios, y se da ocasión a que la gente que llaman de razón, y aún los mismos Indios

sean usureros por medio de un contrato que quieren palear con el nombre de depósito irregular, o contrato trino; y en realidad, y delante de Dios no es otra cosa que sin mutuo evidente y claro digno de extirparlo de la memoria de los cristianos. En el Concilio Cuarto Mexicano se ventiló mucho la licitud de este contrato, y los Padres parece que no se atrevieron a aprobarlo, ni (F. 23) reprobarlo. Por última las actas y decretos se remitieron a Vuestra Majestad y entretanto que no salga a [la] luz este Concilio con beneplácito Real todos los obispos callamos y disimulamos; y lo más lastimoso es, que, sobre este contrato, damos los caudales de Capellanías y obras pías, y, en mi dictamen, este mal ejemplo a nuestra Grey. Nuestro gran Dios de sabiduría y misericordia abra camino por donde caminemos en seguridad de conciencia, y guiemos las almas, que nos están encomendadas.

Volviendo al asunto de repartimientos de Alcaldes mayores, que carecen de fundamento ni aun aparente, sin que haya, ni pueda haber teólogo alguno que los canonicen, es fuerte dolor que han de callar los obispos, han de enmudecer los curas, y no han de gritar los predicadores, porque encienden el fuego, irritan la cólera y desacreditan a (F. 23v.) los alcaldes mayores, reprehendiendo al mismo tiempo la cristiana conducta a Vuestra Majestad pues no sé sobre que principios quieren persuadir al mundo algunos seductores, que Vuestra Majestad autoriza las demasías de que se usa en los repartimientos, cuando las tiene reprobadas repetidamente.

Soy de dictamen, que mientras no se extirpen de raíz, se continuarán los daños y perjuicio temporales, y, lo que más me penetra el alma, también los espirituales; pues además de la torpeza intrínseca que embeben en el modo que se practican sirven de un estorbo insuperable a la instrucción de la doctrina de los indios por sus curas: Y es la razón porque en siendo el Indio deudor del Alcalde mayor casi queda libre de la obediencia del cura, y de la observancia de los preceptos de dios y de su Iglesia (F. 24) pues porque gane y junte con que pagar la involuntaria dependencia o deuda que contrajo con su Alcalde mayor, no hay para él día festivo, no asiste a la explicación de la doctrina y cumplimiento de Iglesia, no hay convivencia con su mujer e hijos, siendo no pocos los que desertan de los pueblos por la tiranía de las cobranzas, de que hay repetidos y bien tristes ejemplares. Por otro lado, en hablando el cura contra los repartimientos, lo que saca es indisposiciones, quimeras y desazones con el alcalde mayor, exponiéndose al descrédito de su conducta y a calumnias aun contra la palabra divina. No son estos vanos temores. No se ha olvidado en Oaxaca el insulto cometido por algunos interesados contra mi antecesor, de que, si no resultó su muerte, se le aceleró, con ocasión de un sermón contra usuras y repartimientos y de este suceso creo, (F. 24v.) que haya documentos en el Real Consejo de las Indias.

Referencias

Arriola, L. A.

(2011). *Pueblos de indios y tierras comunales. Villa Alta, Oaxaca: 1742-1856*. El Colegio de Michoacán.

Escalona Lüttig, H., A. Alcántara López y L. Machuca Gallegos

(2024). *Informes sobre la práctica de los repartimientos de mercancías de los intendentes de Nueva España, 1789-1800*. UNAM.

De Zaballa Beascochea, A. e I. Lanchas Sánchez

(2014). *Gobierno y reforma del obispado de Oaxaca. Un libro de cordilleras del obispo Ortigosa. Ayoquezco, 1776-1792*. Universidad del País Vasco.

Hamnett, B.

(2013). *Política y comercio en el sur de México, 1750-1821*. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.

Martínez Ávalos, L.

(2023). La visita pastoral de don Alonso Núñez de Haro y Peralta en el arzobispado de México, un espacio de justicia, negociación y resistencia, 1774-1792. *Anuario de Estudios Americanos*, 80(2), 629-656.

Pastor, R.

(1985). El repartimiento de mercancías y los alcaldes mayores novohispanos. Un sistema de explotación, de sus orígenes a la crisis de 1810. En W. Borah (coord.). *El gobierno provincial de la Nueva España. 1570-1787* (pp. 219-258). Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Rabell, C.

(2008). *Oaxaca en el siglo XVIII: población, familia y economía*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Sánchez Silva, C. y M. Suárez Bosa

(2006). Evolución de la producción y el comercio mundial de la grana cochinilla, s. XVI-XIX. *Revista de Indias*, LXVI(237), 473-490.

Traslosheros, J. E.

(2019). El Derecho canónico, la visita episcopal y la Audiencia eclesiástica como medios de reforma de la Iglesia Católica en la temprana modernidad. El caso del obispado de Michoacán, 1640-1646. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 28, 23-53.